



LAWRENCE WRIGHT

GANADOR DEL PREMIO PULITZER

LOS AÑOS DEL

TERROR

«EXTRAORDINARIA Y FASCINANTE.»

THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS

DE AL-QAEDA

AL ESTADO ISLÁMICO

Ganador del premio Pulitzer por *La torre elevada*, Lawrence Wright es considerado uno de los periodistas más prestigiosos en temas de terrorismo y Oriente Medio. Los reportajes reunidos en *Los años del terror* buscan dar explicación a la metamorfosis y la expansión de al-Qaeda desde sus orígenes en los años noventa hasta nuestros días, con el surgimiento del Estado Islámico.

Desde el indeleble recuento de su estancia por Arabia Saudí, pasando por la industria cinematográfica siria, el conflicto de Gaza, y un devastador artículo sobre la captura y las ejecuciones de los cuatro periodistas y cooperadores internacionales en manos del Estado Islámico y el estrepitoso fracaso de las democracias occidentales, en particular de Estados Unidos para hacer frente al conflicto que asola Oriente Medio, el lector se ve embarcado en una inquietante travesía por el mundo de la violencia yihadista, convirtiéndose en observador de perpetradores, cabecillas, lobos solitarios, víctimas y enemigos.

Índice de contenido

Prólogo
El hombre detrás de Bin Laden
El antiterrorista
El agente
El reino del silencio
La red del terror
Plasmado en película
El plan maestro
El jefe de los espías
La rebelión interna
Cautivos
Cinco rehenes
Epílogo
Autor

EN MEMORIA DE

James Foley
Steven Sotloff
Peter Kassig
Kayla Mueller

y el mundo que podrían haber creado

■ Prólogo

Mi experiencia en Oriente Próximo se inició como una especie de accidente histórico. Durante la guerra de Vietnam fui objetor de conciencia y tuve que pasarme dos años haciendo el servicio civil alternativo en un empleo mal pagado, a más de 80 kilómetros de casa, que en teoría era de interés nacional. Estos empleos solían consistir en cambiar cuñas en hospitales, pero era la época de la recesión de Nixon, y hasta esa clase de trabajos resultaban difíciles de conseguir. A mí no me importaba estar lejos de casa: por entonces deseaba alejarme lo máximo posible de Estados Unidos. Acudí a la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, pensando que habría un puesto que podría satisfacer tales demandas. Al parecer, la persona que me atendió ya se había encontrado a otros en mi situación. Me dijo que, aunque trabajar en la ONU no contaba como servicio civil alternativo, disponía de una lista de instituciones estadounidenses en el extranjero que sí servirían. Una de ellas tenía una oficina en la acera de enfrente. Era la Universidad Americana de El Cairo.

Cuando crucé la plaza de las Naciones Unidas, no sabía que Estados Unidos y Egipto no mantenían relaciones diplomáticas, y que apenas había estadounidenses en aquel país, aparte del reducido cuerpo docente de la universidad. Ni siquiera estoy seguro de que supiera qué lengua se hablaba en Egipto. Pero treinta minutos después de que entrara en la oficina me preguntaron si podía partir aquella misma noche. No, no podía. Mi ropa estaba en Boston, junto con mi novia; no les había dicho a mis padres lo que estaba haciendo, y también tenía que consultarlo con mi jun-

ta de reclutamiento. En tal caso, ¿podía partir al día siguiente? Cuarenta y ocho horas después daba mi primera clase a unos jóvenes egipcios cuyo dominio del inglés no era lo bastante bueno siquiera para haber sido admitidos en la universidad.

Aquel período en Egipto configuraría mi trayectoria profesional de manera decisiva. En 1998 fui coautor del guion de una película que trataba de un hipotético atentado de un terrorista árabe en Nueva York, *Estado de sitio*, protagonizada por Denzel Washington, Bruce Willis, Annette Bening y Tony Shalhoub. La cuestión que planteaba el filme era: ¿qué ocurriría si el terrorismo llegaba a Estados Unidos, del mismo modo en que ya se estaba experimentando en Francia e Inglaterra?; ¿cómo reaccionaría?; ¿en qué tipo de país se convertiría? *Estado de sitio* fue un fracaso de taquilla, debido en parte a las protestas de árabes y musulmanes molestos por verse estereotipados como terroristas. Tras el 11-S, se convirtió en la película más alquilada en Estados Unidos, y llegó a verse como una especie de espeluznante profecía.

Durante los cinco años siguientes estuve inmerso en la investigación para mi libro *La torre elevada: Al-Qaeda y los orígenes del 11-S*. Tres de los capítulos que aquí se incluyen son sólidos retratos que más tarde se incorporarían en diferente forma a aquel libro. «El hombre detrás de Bin Laden» me llevó de nuevo a Egipto para informarme sobre Ayman al-Zawahiri, por entonces el número dos de Al-Qaeda, que se convertiría en el líder de la organización tras la muerte de Bin Laden. Era extraño encontrar el país con el que tanto me había encariñado agitado ahora por emociones contradictorias de orgullo, vergüenza y negación engendradas por los atentados de Nueva York y Washington. También me resultaba desconcertante volver a visitar lugares que antaño me eran queridos y que ahora se veían teñidos de connotaciones tan diametralmente distintas: en las aulas de la Universidad Americana donde había enseñado

rondaba el fantasma de Mohamed Atta, que había estudiado inglés allí; y el Club Deportivo Maadi, donde había participado en torneos de tenis, también había acogido al joven Ayman al-Zawahiri en el cine al aire libre de las tardes de verano.

«El antiterrorista» se inició unos días después del 11-S, cuando yo intentaba desesperadamente encontrar un modo de entender cómo y por qué había ocurrido aquello. Empecé a examinar las necrológicas que se publicaban online. En la web del *Washington Post* encontré la de John O'Neill, el antiguo jefe de antiterrorismo de la oficina del FBI en Nueva York, la misma oficina sobre la que yo había escrito en *Estado de sitio*. La necrológica daba la impresión de que O'Neill había hecho algo deshonroso: había perdido su trabajo poco antes del 11-S por haber extraído información clasificada fuera de la oficina. Poco después se convirtió en jefe de seguridad del World Trade Center y murió aquel día. En ese momento pensé que su muerte era irónica: en lugar de atrapar a Bin Laden, Bin Laden le había atrapado a él. Ahora pienso en la muerte de O'Neill como en una tragedia griega. De forma voluntaria se colocó en lo que él esperaba que sería la Zona Cero en la tragedia que veía aproximarse.

Un capítulo relacionado, también incluido aquí, es «El agente», mi semblanza de Ali Soufan, el valioso protegido de John O'Neill, que fue el agente asignado al caso del atentado contra el *USS Cole* perpetrado por Al-Qaeda en octubre de 2000. Soufan también desempeñó un involuntario papel en mi investigación para elaborar el guion de *Estado de sitio*. Yo había oído hablar de un habilidoso agente secreto en la oficina del FBI de Nueva York, un musulmán estadounidense que había nacido en Beirut y hablaba el árabe con fluidez. Basé el personaje de Tony Shalhoub en él, aunque en realidad Soufan y yo no nos conoceríamos hasta varios años después. En este capítulo planteo una serie de preguntas acerca de la incapacidad de la CIA para

cooperar con la investigación de Soufan sobre el asesinato de diecisiete marineros estadounidenses. Si la agencia hubiera respondido a las peticiones de información de Soufan —pistas que habrían revelado la presencia de Al-Qaeda en Estados Unidos veinte meses antes del 11-S—, es muy probable que aquellos atentados nunca se hubieran producido. A día de hoy, la CIA todavía no ha señalado a ningún responsable de tan catastrófica negligencia.

Yo sabía que Osama bin Laden iba a ser uno de mis personajes centrales en *La torre elevada*, pero durante más de un año los saudíes se negaron a darme un visado como periodista. Más adelante conseguí un trabajo como mentor de jóvenes reporteros en *Saudi Gazette*, un diario en inglés publicado en Yeda, la ciudad natal de Bin Laden. Por lo general, cuando investigo para escribir algún artículo, permanezco en un hotel, haciendo llamadas e intentando concertar citas. En este caso viví en un piso saudí de clase media, desde donde acudía cada día al trabajo. En teoría me dedicaba a enseñar el arte del periodismo, pero mis alumnos me enseñaban mucho más sobre su país de lo que yo podría haber aprendido nunca por mí mismo. Fue una lección magistral sobre las anteojeras que llevan los reporteros cuando aterrizan en otra cultura. La crónica de mi experiencia se plasma aquí en «El reino del silencio».

El silencio es un tema que en 2006 me empujó a otro país, Siria. Oriente Próximo es una región belicosa y voluble —un paraíso para los reporteros, excepto cuando resulta ser una trampa mortal—, pero Siria permanecía extrañamente muda. De lejos daba la impresión de ser progresista y laica comparada con sus vecinos árabes, aunque también esquiva y enigmática. ¿Cómo podía esperar descifrar una cultura tan reservada? Reflexioné acerca de hasta qué punto el mundo entiende a Estados Unidos por sus películas. Siria tenía una industria cinematográfica pequeña pero fascinante, de modo que decidí ver películas sirias y también entrevistar a los cineastas para poder vislumbrar el mundo

interior del país guardado con tanto celo. El capítulo resultante lleva por título «Plasmado en película». Lo que encontré fue un pueblo al que se le había impuesto el silencio a la fuerza. Por aquel entonces era difícil imaginar una guerra civil, pero la desesperación y la furia contenida eran ya evidentes, tanto en los cineastas como en su arte.

Tanto Al-Qaeda como su progenie no son solo organizaciones terroristas, sino también sectas religiosas, aberrantes, aisladas y hostiles a las opiniones contrarias. Desde el 11-S, Al-Qaeda ha supuesto una extraordinaria oportunidad para observar un sistema de creencias que está evolucionando bajo presión y adaptándose a los desafíos. He seguido la pista a algunos de los argumentos teológicos —trascendentales pero a menudo desconcertantes— que gobiernan este movimiento en «El plan maestro», «La rebelión interna» y «La red del terror».

Durante décadas, la disputa palestino-israelí ha proporcionado una justificación moral del terrorismo, con consecuencias devastadoras para la región. En 2006, un joven soldado israelí, Guilad Schalit, fue capturado por Hamás, que exigió la liberación de mil prisioneros palestinos a cambio. Antes de que se llegara por fin a un acuerdo, Israel invadió Gaza, y murieron 13 israelíes y 1.400 gazatíes. Me pareció que la disparidad del valor en vidas humanas era uno de los desconcertantes factores que contribuyen a la violencia de ambos bandos. Titulé el capítulo «Cautivos», porque reflejaba la situación tanto de Guilad Schalit como de las personas que lo retenían.

La guerra contra el terror ha sacudido a toda la comunidad de inteligencia estadounidense y ha comprometido la democracia de este país. Entre 2007 y 2009, el hombre situado en medio de esta vorágine fue Mike McConnell, director de Inteligencia Nacional y supervisor del descontrolado mundo del espionaje estadounidense. Mi semblanza de McConnell se incluye aquí como «El jefe de espías». Él y yo teníamos diferentes puntos de vista sobre la privacidad.

Mi teléfono había sido intervenido mientras escribía para *The New Yorker* y trabajaba en *La torre elevada*. McConnell no hizo el menor gesto de disculpa: tales intrusiones — creía— eran insignificantes y accidentales. También discrepábamos fuertemente sobre el valor de lo que por entonces se llamaban «técnicas de interrogatorio mejoradas». En el transcurso de una de nuestras entrevistas McConnell me dijo que había sido «torturado». Se refería a que, mientras realizaba un entrenamiento de supervivencia en la marina, había sido sometido a un maltrato físico que se suponía había de prepararle para afrontar la posibilidad de ser hecho prisionero. Más tarde, cuando se comprobaba la veracidad de los datos del artículo, McConnell negó haber hecho tal declaración. Cuando le recordé que la entrevista se había grabado, me pidió que eliminara la frase porque, según me dijo, podía costarle su empleo. Yo no tenía la menor intención de que despidieran a McConnell, y además se había mostrado excepcionalmente generoso al permitirme acceder a él. Pero me pregunté si no cometía un error omitiendo aquella parte de la conversación en la semblanza de *The New Yorker* basada en ella, dado que yo la consideraba relevante en el debate nacional que había surgido en aquel momento en torno a la tortura. Hoy McConnell está retirado de todo cargo público, de modo que he restaurado sus comentarios.

Este libro puede considerarse un manual básico sobre la evolución del movimiento yihadista desde sus primeros años hasta el presente y las acciones paralelas de Occidente para tratar de contenerlo. La implicación de Estados Unidos en Oriente Próximo desde el 11-S se ha traducido en una larga serie de fracasos. Las acciones que ha llevado a cabo este país han sido responsables de gran parte del desarrollo de la catástrofe. La invasión de Irak en 2003 por parte de Estados Unidos y sus socios de coalición constituye una de las mayores pifias de toda la historia estadounidense. Del caos surgió el Estado Islámico, también conoci-

do como ISIS, sumiendo a la región en una agitación que no tiene equivalente desde la caída del Imperio otomano. La apatía de la política exterior de Estados Unidos me resultó de una evidencia demoledora cuando investigaba para escribir un artículo sobre un grupo de jóvenes periodistas y cooperantes estadounidenses que habían sido capturados en Siria («Cinco rehenes»). Sus familias se vieron en gran parte abandonadas a la hora de tratar de negociar la liberación de sus hijos. Los heroicos esfuerzos en favor suyo de David Bradley, editor de *The Atlantic*, ilustran la incapacidad del gobierno estadounidense de proporcionar cualquier clase de ayuda real. Es un trágico reflejo del poder de ese país neutralizado en un mundo que no entiende.

Todos estos capítulos aparecieron en un principio en forma de artículo en *The New Yorker*, aunque me he tomado la libertad de corregirlos y actualizarlos para su publicación en el presente volumen (también incluyen material extraído de mis dos monólogos, *My Trip to al-Qaeda* y *The Human Scale*). Mi relación con esta revista dura ya casi un cuarto de siglo, y tengo una deuda infinita con esta organización y con mi editor de siempre, Daniel Zalewski.

■ El hombre detrás de Bin Laden

En marzo de 2002, un grupo de hombres a caballo atravesaba la provincia de Paktīkā, en Afganistán, cerca de la frontera de Pakistán. Drones Predator volaban en círculos y tropas estadounidenses peinaban las montañas. Había estallado la guerra seis meses antes, y por entonces los enfrentamientos se habían concentrado al accidentado borde oriental del país. Durante doce días, las fuerzas estadounidenses y de la coalición habían bombardeado el cercano valle de Shah-i-Kot y destruido de forma sistemática los complejos de cuevas del territorio de Al-Qaeda. Se había sobornado a los caudillos militares regionales y supuestamente se habían sellado las fronteras. Sin embargo, el grupo de jinetes cabalgaba hacia Pakistán sin impedimento alguno.

Llegaron al pueblo de un comandante de la milicia local llamado Gula Jan, cuya larga barba y turbante negro podían ser un indicio de que simpatizaba con los talibanes. «Vi a un hombre fornido y mayor, árabe, que llevaba gafas oscuras y un turbante blanco —explicaría Jan cuatro días más tarde—. Vestía como un afgano, pero llevaba una hermosa chaqueta, y le acompañaban otros dos árabes que iban enmascarados». El hombre de la hermosa chaqueta desmontó y empezó a hablar en tono animado y cortés. Preguntó a Jan y a un compañero afgano por la posición de las tropas estadounidenses y de la Alianza del Norte. «Tenemos miedo de tropezarnos con ellas —aclaró—. Muéstrénnos el camino correcto».

Mientras los hombres hablaban, Jan se escabulló para examinar uno de los carteles que los aviones estadouniden-

ses habían lanzado por la zona. Mostraba la fotografía de un hombre con gafas y un turbante blanco. Tenía el rostro ancho y rollizo, la nariz fuerte y prominente, y unos labios carnosos. La descuidada barba era gris en las sienes y caía en franjas de color lechoso bajo la barbilla. Su alta frente, enmarcada por las bandas del turbante, exhibía una callosidad oscurecida formada por muchas horas de devota prostración. Sus ojos reflejaban la clase de resolución que cabría esperar de un médico, pero exhibían también cierto grado de serenidad que parecía extrañamente fuera de lugar. Jan estaba mirando el cartel de SE BUSCA del doctor Ayman al-Zawahiri, por cuya cabeza se ofrecía una recompensa de 25 millones de dólares.

Jan se reintegró a la conversación. El hombre que ahora creía que era Zawahiri les dijo: «Que Dios les bendiga y les libre de los enemigos del islam. Procuren no decirles de dónde veníamos y adónde vamos».

Había un número telefónico en el cartel de SE BUSCA, pero Gula Jan no tenía teléfono. Zawahiri y los árabes enmascarados desaparecieron en las montañas.

En junio de 2001, dos organizaciones terroristas, Al-Qaeda y el grupo islamista egipcio Al-Yihad, se fusionaron formalmente en una sola. El nombre de la nueva entidad, Qaeda Al-Yihad, refleja la larga historia interdependiente de estos dos grupos. Aunque Osama bin Laden, el fundador de Al-Qaeda, era el rostro público del terrorismo islamista, los miembros de Al-Yihad y su figura dirigente, Ayman al-Zawahiri, formaban la columna vertebral del mando de la mayor de las organizaciones y eran responsables de una gran parte de la planificación de las operaciones terroristas perpetradas contra Estados Unidos, desde el ataque a soldados estadounidenses en Somalia en 1993 hasta los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono el 11 de

septiembre de 2001, pasando por los ataques contra las embajadas estadounidense en África Oriental en 1998 y contra el *USS Cole* en Yemen en 2000.

Bin Laden y Zawahiri estaban destinados a descubrirse el uno al otro entre los islamistas radicales que se vieron arrastrados a Afganistán tras la invasión soviética en 1979. Bin Laden, que por entonces tenía veintipocos años, era ya un empresario de nivel internacional; Zawahiri, seis años mayor que él, era cirujano y procedía de una distinguida familia egipcia. Cada uno de ellos vio en el otro la solución a su dilema. «Bin Laden tenía seguidores, pero no estaban organizados —recuerda Essam Deraz, un cineasta egipcio que ha rodado varios documentales sobre la guerra afgano-soviética—. La gente que estaba con Zawahiri contaba con extraordinarias capacidades: médicos, ingenieros, soldados... Tenían experiencia en el trabajo clandestino. Sabían cómo organizarse y crear células. Y se convirtieron en los líderes».

El objetivo de Al-Yihad era derrocar al gobierno civil egipcio e imponer una teocracia que a la larga pudiera llegar a ser un modelo para todo el mundo árabe; sin embargo, los años de guerra de guerrillas habían dejado al grupo maltrecho y arruinado. Para Zawahiri, Bin Laden era un salvador: rico y generoso, con recursos casi ilimitados, pero también maleable y sin formar en lo político. «Bin Laden había desarrollado un marco de referencia islámico, pero no tenía nada contra los regímenes árabes —me explicaba Montasser al-Zayat, abogado de muchos de aquellos islamistas—. Cuando Ayman conoció a Bin Laden, generó una revolución dentro de él».

A unos ocho kilómetros al sur del caos de El Cairo se halla un tranquilo barrio residencial de clase media llamado Maadi. Un consorcio de inversores judíos egipcios, deseosos de crear una especie de pueblo inglés entre las planta-

ciones de mango y guayaba y los asentamientos beduinos de la orilla oriental del Nilo, empezaron a vender parcelas en la primera década del siglo XX. Los promotores lo regularon todo, desde la altura de las vallas de los jardines hasta el color de las contraventanas de los magníficos chalets que flanqueaban las calles. Plantaron eucaliptos para repeler las moscas y los mosquitos, y jardines que perfumaban el aire con la fragancia de rosas, jazmines y buganvillas. Muchos de los primeros pobladores fueron oficiales militares y funcionarios británicos, cuyas mujeres crearon clubes de jardinería y salones literarios; les siguieron familias judías, que hacia el final de la Segunda Guerra Mundial representaban casi una tercera parte de la población de Maadi. Después de la guerra, Maadi pasó a convertirse en una comunidad de europeos expatriados, hombres de negocios y misioneros estadounidenses, y un tipo muy concreto de egipcios: los que hablaban francés en la cena y seguían los partidos de críquet.

El centro de esta comunidad cosmopolita era el Club Deportivo Maadi. Fundado en una época en la que Egipto estaba ocupado por los británicos, el club era poco corriente en cuanto que admitía no solo a judíos, sino también a egipcios. Los asuntos comunitarios solían tratarse en el campo de golf de dieciocho hoyos compuesto solo de arena, con las pirámides de Guiza y el próspero Nilo como telón de fondo. Mientras se servía una merienda-cena a los británicos en el salón, los camareros nubios se deslizaban con vasos de Nescafé helado entre los pachás y las princesas que tomaban el sol en la piscina. Los zancudos flamencos caminaban entre los lirios en el estanque del jardín. El Club Maadi se convirtió en la expresión ideal de la visión de Egipto de sus fundadores: sofisticado, seguro, laico y étnicamente diverso, aunque todavía vinculado a los conceptos de clase británicos.

Las minuciosas regulaciones iniciales no pudieron resistir la presión de la floreciente población de El Cairo, y a finales